

# Los sambenitos expuestos de la Inquisición española\*

## The exposed sambenitos of the Spanish Inquisition

---

MANUEL PEÑA DÍAZ

Universidad de Córdoba. Facultad de Filosofía y Letras, Pl. Cardenal Salazar s/n, 14003 Córdoba (España)

[mpdiaz@uco.es](mailto:mpdiaz@uco.es)

ORCID: 0000-0002-7218-6137

Recibido/Received: 21/03/2024. Aceptado/Accepted: 24/10/2024.

Cómo citar/How to cite: PEÑA DÍAZ, Manuel, “Los sambenitos expuestos de la Inquisición española”, en *Investigaciones Históricas, época moderna y contemporánea*, 44 (2024), pp. 137-158. DOI: <https://doi.org/10.24197/ihemc.44.2024.137-158>

Artículo de acceso abierto distribuido bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](#). / Open access article under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](#).

**Resumen:** La exposición pública del sambenito fue una de las principales manifestaciones de la violencia simbólica del Santo Oficio que impactó en la vida cotidiana del Mundo Hispánico. Los sambenitos expuestos en las iglesias formaban parte de una memoria colectiva configurada desde su presente, fueron las necesidades de ese presente las que la orientaron en una u otra dirección, según el consenso conjunto de la Inquisición y la comunidad cristiana vieja. Su exhibición se asociaba a una variedad de prácticas estigmatizantes de gestos, burlas e insultos que culminaron en una particular interiorización de esta marca infamante.

**Palabras clave:** Inquisición; sambenitos; infamia; España moderna.

**Abstract:** The public exhibition of the sambenito was one of the major manifestations of the symbolic violence of the Holy Office that had an impact on the daily life of the Hispanic World. The sambenitos displayed in churches were part of a collective memory configured from its present, it was the needs of that moment that guided it in one direction or another, according to the common consensus of the Inquisition and the old christian community. Its display was associated with a range of stigmatizing practices of gestures, mockery and insults that led to a particular internalization of this infamous mark.

**Keywords:** Inquisition; sambenitos; infamy; modern Spain.

**Sumario:** Introducción; 1. Origen de mantas y mantetas; 2. Mandatos y visitas; 3. Renovar y reparar; 4. Traslados y retiradas; Conclusiones. Bibliografía.

---

---

\* Este trabajo se ha realizado en el marco del Proyecto de Investigación *Inquisición y redes. Comunidades, actores y poder en el mundo ibérico de la edad moderna* (PID2021-123816NB-I00), Ministerio de Ciencia e Innovación.

## INTRODUCCIÓN

A sus setenta años, la carmelita descalza María de la Cruz (1563-1638) aún sufría recordando sus temores juveniles en Granada, después de lograr ingresar en el convento, pese a su pobreza y gracias al apoyo de Juan de la Cruz. Tenía dieciséis años cuando tuvo la tentación de blasfemar, se confesó y no sintió ningún alivio, y pensó que quizás no había sido “bien bautizada”: “Era de suerte que en misa y diciendo los salmos, rezando, comiendo, hablando y en todo tiempo y ocasión, cantando, labrando y siempre, era una guerra intolerable; tanto que a mí me parecía era condenada y precita”. Día tras día buscaba consuelo sin encontrarlo. Cada vez estaba más convencida que si era una buena cristiana no podía tener esos pensamientos: “toda esta tempestad [...] era tan grande que me traía tristísima y afligida en gran manera y suerte que, si yo fuera libre y pudiera, me fuera derecha al Santo Oficio para que me castigarán”. Y más duda pudo tener sobre el posible origen judeoconverso de su familia, pero entre su culpa y el honor de sus parientes, optó por sufrir en silencio.

Un domingo primero de cuaresma visitó la catedral y se quedó parada ante los sambenitos que colgaban en el interior junto a la puerta principal. Los habían trasladado desde el sagrario después de haberlos renovado y ahora se podían leer con todo detalle. Ante las mantetas infamantes, María experimentó la intensidad del escrúpulo y anotó: “Pues sólo Dios sabe la terrible tribulación que aquel día tuve, entendiendo yo merecía estar allí por los pensamientos tan malos que tenía”. ¿Debía haberse autodelatado? Contemplar los lienzos con los nombres de los condenados fue el suplicio que se impuso cada vez que acudía a rezar en silencio en aquella iglesia mayor: “Y así pasaba la vida callando y muriendo más que viviendo, porque aquella no era vida, sino muerte que esperaba la eterna. No tenía otro alivio sino los salmos y otras cosas que leía y rezaba”<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> DE LA CRUZ, María, “Libro I: Vida de la Venerable Madre María de la Cruz, O.C.D. Escrita toda de su mano”, en MORALES BORRERO, Manuel (ed.), *El convento de Carmelitas Descalzas de Úbeda y el Carmelo femenino en Jaén. María de la Cruz, O.C.D. Su vida y su obra*, Jaén, Diputación Provincial, 1995, vol. II, pp. 19-134; HERPOEL, Sonja, *A la zaga de Santa Teresa: Autobiografía por mandato*, Ámsterdam-Atlanta, Rodopi, 1999, pp. 183-184; BUENO VALDIVIA, María del Rosario, *María de la Cruz O.C.D. (1563-1638). Mujer, escritora y mística* (Tesis Doctoral inédita), Universidad de Sevilla, 2015, pp. 38-40. Una primera aproximación a los polémicos cambios en la ubicación de las mantetas en la Catedral de Granada en DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio, “Los sambenitos de la Catedral de Granada”, en *Estudios de Historia económica y social de España*, Granada, Universidad de Granada, 1987, pp. 25-26.

La contemplación de sambenitos colgados -suelos o agrupados en mantas- daba pie no sólo a experiencias silenciosas e individuales, escrupulosas o vengativas, también era caldo para murmuraciones cotidianas. Un 16 de mayo de 1565 varios vecinos se hallaban mirando los sambenitos expuestos en la iglesia parroquial de El Toboso, que acababan de ser renovados por orden del tribunal de Cuenca. Uno de estos curiosos vecinos, el boticario Cristóbal Lozano, no pudo evitar pronunciar unas palabras poco afortunadas. La denuncia de su comentario la realizaron tres testigos y la cursó el alcalde, Antón de Morales, sobre cómo había sido la conversación. Pedro de Morales Botija preguntó directamente al boticario por las letras que todos podían leer en el sambenito de Constanza Gómez, reconciliada por judaizante, abuela de su mujer, Quiteria de Baeza. Lozano respondió con cierta bravuconería: “Todo eso es un poco de aire, que con el rancio de cristiano viejo que a mí me sobra se tapa todo eso”. Morales le contestó: “no lo tengo yo por aire las cosas que hace el Santo Oficio”. Y Lozano insistió: “siendo yo hijodalgo y cristiano viejo, tan bueno soy como el rey don Felipe”. El alcalde mandó el auto al tribunal de Cuenca añadiendo este revelador comentario sobre el porqué de la delación: “no es esta cosa de disimular y que quede sin punición y castigo”<sup>2</sup>.

La reacción del boticario de El Toboso ante el sambenito de la abuela de su esposa fue una respuesta quizás desmedida, pero en cierto modo fue acorde con el utilitario peso cotidiano de la infamia. Por ejemplo, en Tudela acusar a una persona de ser *de los de la manta* era un grave insulto<sup>3</sup>. La afrenta estaba expuesta ante los ojos de todos y hubo personas que les encantaba leer los sambenitos y relacionarlos, a ser posible, con sus vecinos. Un anónimo sevillano dejó escrito que, hacia 1615, un dominico predicaba por las calles de Écija sobre el odio que tenían los judíos hacia los de su hábito “fundador de las Inquisiciones”. Para echarles “calzas como a pollos”, el fraile se había aficionado a leer mantetas: “Yo tengo particular devoción de leer los sambenitos cuando los veo colgados, y he dado buena gana dos reales a un sacristán porque les quite el polvo.

---

<sup>2</sup> ADC, *Inquisición*, leg. 782 n° 2641. Gracias a la generosidad de William Childers he podido conocer varias referencias documentales del Tribunal de Cuenca relativas a sambenitos.

<sup>3</sup> PÉREZ OCHOA, Íñigo, “La Inquisición en Tudela durante los siglos XVI y XVII: presencia e incidencia social”, en *Príncipe de Viana*, 279 (2021), pp. 165-192. URL: <https://doi.org/10.35462/pv.279.7>. Consultado el 17 de enero de 2024.

Leedlos como yo para que conozcáis cuyos son, que para eso los cuelga la Santa Inquisición”<sup>4</sup>.

## 1. ORIGEN DE MANTAS Y MANTETAS

Las mantetas, solas o agrupadas en mantas, estaban expuestas por todo el territorio que abarcaba la jurisdicción inquisitorial, fuese en pequeñas parroquias o en iglesias mayores, en claustros de dominicos o en la entrada de las catedrales. La definición que hizo Juan Antonio Llorente a comienzos del siglo XIX fue clara y precisa:

Manteta: es un lienzo cuadrilongo, en cuya mitad inferior está la inscripción del nombre, apellido, oficio y delito del condenado por la Inquisición, con expresión del año, y en la parte superior pintadas las llamas o un aspa del sambenito, según la calidad de la condenación, y se cuelga en la iglesia en que fue feligrés el condenado para perpetuar su infamia. Alguna vez las mantetas suenan citadas con el nombre de sambenitos, porque antes se colgaban los originales, en cuyo lugar fueron sustituidas para los templos<sup>5</sup>.

La conocida como *Manta* de Tudela fue descrita en 1641, como “un lienzo pintado y dividido en cuadros [...] de la parte que estaba públicamente hacia fuera [...] había treinta y seis sambenitos” y otros treinta y cuatro hacia dentro, dos estaban en blanco. Junto a esta gran manta había nueve sambenitos más, arrimados a la pared. Estaba colocada en la entrada a la colegial de Santa María por la puerta de la plaza, y en a 1783 la trasladaron a la capilla del Santo Cristo del Perdón, junto a la entrada del claustro<sup>6</sup>.

<sup>4</sup> VRANICH, Stanko B., “Carta de un ciudadano de Sevilla. La guerra mariana en el siglo XVII”, *Archivo Hispalense*, 137 (1966), p. 263.

<sup>5</sup> LLORENTE, Juan Antonio, *Historia crítica de la Inquisición en España* (1817), Madrid, 1980, t. I, pág. 25. Francisco Bethencourt señaló como antecedente medieval de las mantetas inquisitoriales las pinturas infamantes del norte de Italia en el siglo XIII, en la que se escribía el nombre del condenado y el delito cometido por aquellos que habían quebrado económicamente o por ser traidores políticos, fuera para exponerlos en las paredes de las prisiones o para colgarlos del pecho del acusado (*La Inquisición en la época moderna. España, Portugal, Italia. Siglos XV-XIX*, Madrid, Akal, 1997, p. 329).

<sup>6</sup> PÉREZ OCHOA, Íñigo, “El «Padrón» y la «Manta» de Tudela. Documentos acerca de los judeoconversos y la Inquisición en Navarra”, *Sefarad*, 74-2 (2014), pp. 389-426. URL: <https://doi.org/10.3989/sefarad.014.011>. Consultado el 18 de enero de 2024.

La exhibición de las mantas supuso que el lugar fuese denominado a partir del dominio gráfico de esos objetos. Por ejemplos, al describir la puerta lateral de la catedral de Lima, el corregidor Francisco de Echave y Assu refiere que se llamaba de los judíos “porque en los pilastrones y paredes de sus costados se ven las figuras tristes de los herejes y judíos, que pasando de Europa a estos reinos han sido penitenciados del Tribunal de la Santa Inquisición, y para padrón eterno de su infamia se conservan sus nombres en las funestas insignias de su sambenito y suplicio de llamas”. No es casual, pues, que la calle lateral de la catedral también fuese conocida por mucho tiempo como calle Judíos<sup>7</sup>.

La colocación pública de estos hábitos infamantes ya fue citada hacia 1376 por Nicolau Eimeric en su *Directorium Inquisitorium*<sup>8</sup>. Sin embargo, la búsqueda de legitimidad moral de las mantetas llevó a algunos juristas e historiadores posteriores a encontrar pasajes que justificaran esta exposición de la infamia inquisitorial. En su afán erudito, Diego de Simancas no se quedó en la legitimación bíblica de la prenda que portaban los penitenciados, también argumentó por qué este ropaje debía colgarse en las iglesias. Siguiendo a Eimeric, Simancas consideraba que las mantetas eran “un monumento notable como memoria eterna de la impiedad de los herejes”. Su fuente era el libro de los *Números* 16-17, cuando Yahvé dijo a Moisés que, después de castigar con el fuego la rebelión de Coré, Datán y Abirón, debía ordenar al sacerdote Eleazar que sacase de las cenizas los incensarios que habían presentados los abrasados, e hiciese “láminas de metal para cubrir el altar [...] Serán una señal para los israelitas”<sup>9</sup>. Años más tarde, el agustino Juan Márquez retomó de nuevo este episodio en *El gobernador cristiano* (1612), famoso tratado bíblico-moral dirigido a los que ocupaban puestos de responsabilidad pública, para justificar su popular denominación: “Tan antiguo es el uso del Santo Oficio de la Inquisición en colgar en las paredes de los templos

---

<sup>7</sup> ECHAVE Y ASSU, Francisco de, *La estrella de Lima convertida en sol*, Amberes, Juan Baptista Verdussen, 1688, p. 66. Debo esta noticia a la amabilidad del profesor Pedro M. Guibovich.

<sup>8</sup> “ut extant in perpetuum ea signa e monumenta impietatis et eo horrendo et formidatno infamiae spectaculo homines a committendo tam gravi scelere avocentur”. *Directorium* III, com. 54, 195.

<sup>9</sup> SIMANCAS, Diego de, *De Catholicis Institutionibus*. Alcalá de Henares, Andrés Angulo, 1569, pp. 380-381.

los hábitos de penitencia, en que condena a los herejes, que el pueblo llama sambenitos”<sup>10</sup>.

La costumbre de colgar sambenitos, recién quitados a los condenados, debió arraigar después de los primeros autos de fe en la década de los ochenta del siglo XV. A fines del siglo XVIII y por encargo de la Suprema, los inquisidores de Córdoba investigaron en su archivo y propusieron esa hipótesis: “No obstante presumimos que, a consecuencia de los primeros autos de fe, que se hicieron en los principios del establecimiento de esta Inquisición, se mandaron poner los sambenitos en las iglesias de los lugares donde fueron vecinos y parroquianos los que se reconciliaron y relajaron [...] De todo lo cual se deduce, que a los 60 años de la fundación de este Tribunal era cosa pública la colocación de dichos sambenitos, y por consiguiente se afianza nuestra presunción de que muy luego que se fundó este Tribunal se resolvió esta práctica”<sup>11</sup>.

La primera orden que conocemos sobre la colocación de mantetas corresponde a un mandato de Carlos V, firmado en Burgos el 30 de noviembre de 1512, en la que exige a los inquisidores de Sevilla que no pongan los sambenitos de los reconciliados “en otros lugares ni iglesias, sino donde allí se ha acostumbrado a poner que es el monasterio de San Pablo, o en el claustro del Sagrario de la Iglesia mayor”<sup>12</sup>. A partir de aquella fecha se suceden acordadas del Consejo de la Suprema para regular esta práctica de exposición pública de la infamia que generaba muchos problemas con autoridades y demás feligreses, con más o menos poder o memoria familiar. En 1519 y en 1529 se comunicó a todos los inquisidores que los hábitos que están en las iglesias mayores se puedan poner también en las parroquias donde residían los condenados, pero duplicándolos, no trasladándolos. El 14 de marzo 1536 se emite una orden para Guadalajara que contradice en parte a la instrucción anterior: “se limpien y no se muden de donde estaban, aunque sean forasteros, porque sería gran novedad”<sup>13</sup>.

---

<sup>10</sup> MÁRQUEZ, Juan, *El gobernador christiano*, Salamanca, Francisco de Cea, 1612, pp. 139-140.

<sup>11</sup> AHN, *Inquisición*, leg. 4475 exp. 4, ff. 34-37.

<sup>12</sup> AHN, *Inquisición*, libro 1254, f. 94.

<sup>13</sup> AHN, *Inquisición*, libro 1231, Gaspar Isidro de Argüello, *Instrucciones del Santo Oficio de la Inquisición sumariamente antiguas y nuevas, puestas por Abecedario* (1630), copia manuscrita.

## 2. MANDATOS Y VISITAS

El 3 de julio de 1548 el consejero Diego Tavera comunicó a los inquisidores de los distintos tribunales que era sabido por todos que “están por poner en las iglesias muchos sambenitos de los que han sido condenados y reconciliados y que algunos de los que se pusieron se han quitado y perdido”. Les encargó una investigación “con mucho cuidado y diligencia” y les advirtió que debían estar preparados con restas reposiciones porque iban a recibir “quejas e importunidades de las personas a quien toca y de sus deudos”. El consejo era claro y reiterativo: poner todos los hábitos al acabar el auto de fe y dejar escrita una lista de todos ellos<sup>14</sup>. Y será a partir del 13 de julio de 1553 cuando comience la retahíla repetitiva hasta mediados del siglo XVIII para “que se renueven los sambenitos que no se puedan leer las letras y nombres de ellos”<sup>15</sup>.

Las instrucciones del Inquisidor General Fernando de Valdés de 1561 fijaron el procedimiento para su exposición y renovación:

Manifiesta cosa es que todos los sambenitos de los condenados vivos y difuntos, presentes o ausentes, se ponen en las iglesias donde fueren vecinos y parroquianos al tiempo de la prisión, de su muerte o fuga, y lo mismo se hace en los de los reconciliados, después que han cumplido sus penitencias y se los han quitado, aunque no los hayan tenido más de por el tiempo que estuvieron en el tablado y les fueron leídas sus sentencias, lo cual se guarda inviolablemente y nadie tiene comisión para alterarlo.

Y siempre se encarga a los inquisidores que los pongan y renueven señaladamente en los partidos que visitasen, porque siempre haya memoria de la infamia de los herejes y de su descendencia, en los cual se ha de poner el tiempo de su condenación y si fue de judíos o moros su delito otras nuevas herejías de Martín Lutero y sus secuaces.

El rigorismo de este Inquisidor General no impidió que contemplase la excepción por negociación. A los reconciliados que se habían autodelatado se les eximía no sólo de portar los hábitos durante la ceremonia del auto de fe, sino también se les excusaba para que su nombre y pena no fuera ni públicos ni notorios:

---

<sup>14</sup> AHN, *Inquisición*, libro 1234, f. 15.

<sup>15</sup> AHN, *Inquisición*, libro 1228, *Abecedario de cartas acordadas del Consejo*, 1708, Domingo de la Cantolla.

Pero no se han de poner sambenitos de los reconciliados en tiempo de gracia, porque como un capítulo de la dicha gracia es que no les pondrían sambenitos, y nos los tuvieron al tiempo de su reconciliación, no se les deben poner en las iglesias, porque sería contravenir a la merced que se les hizo al principio<sup>16</sup>.

Para perpetuar la memoria de la infamia, los inquisidores debían colgar regularmente los sambenitos de los nuevos condenados y comprobar que seguían expuestos los anteriores. Durante buena parte del siglo XVI las visitas de distrito permitieron cumplir con esta revisión, con este fin los inquisidores llevaban “copia de los de cada lugar del partido que va a visitar para cotejarlos con los que hay en ellos, y renovar los que estuvieren rotos”<sup>17</sup>. Así una de las tareas encomendadas a los inquisidores en las visitas de distrito fue el control de las mantetas, su estado de conservación, si correspondían o no a condenados o si habían desaparecido. En la visita que realizó el inquisidor de Granada Mesía de Lasarte en 1574 al obispado de Guadix detectó numerosos lienzos desaparecidos, excepto en Huéscar y en Baza “donde no fue necesario renovar los sambenitos porque todos estaban enteros”. Ocurrió lo mismo en 1575 en la visita a las siete villas de Granada, Loja, Alhama, Antequera y Archidona, donde “no hubo que renovar en ellos porque están buenos y encargárosle de nuevo a los sacristanes de las iglesias para que los limpiasen y tuviesen cuenta con ellos”<sup>18</sup>.

Pero no siempre los sambenitos colgados correspondían correctamente con los condenados. En la visita que el inquisidor Padilla hizo a Málaga y Vélez en 1558 se encontraron que había colocadas indebidamente doce mantetas de reconciliados de candelilla, es decir de penitenciados leves. La protesta de los familiares estuvo encabezada por el arcedianos de Ronda, afectado porque entre esos lienzos se hallaba el de una cuñada suya. Aunque el secretario del tribunal procedió a su retirada, los familiares exigieron un escrito que certificase tal error:

Algunas personas a quien tocaron los hábitos que se pusieron y tornaron a quitar, han dado peticiones pidiendo testimonio cómo se pusieron por yerro y se quitaron por el Oficio, y que las personas a quien se intitularon no fueron

---

<sup>16</sup> Instrucciones de 1561, cap. 81. Cfr. JIMÉNEZ MONTESERÍN, Miguel, *Introducción a la Inquisición española*, Madrid, Editora Nacional, 1980, pp. 239-240.

<sup>17</sup> BNE, mss. 6210, f. 51.

<sup>18</sup> Cfr. GARCÍA FUENTES, José M<sup>a</sup>., *Visitas de la Inquisición al Reino de Granada*, Granada, Universidad de Granada, 2006, pp. 151 y 177.

reconciliadas. Y especialmente lo han pedido los hijos de Gonzalo Hernández de Córdoba por muchas peticiones. A ninguno se ha respondido hasta saber lo que vuestra señoría en ello manda, y las partes dan mucha importancia<sup>19</sup>.

Unos años más tarde, en 1570, los inquisidores cordobeses comunicaron una incidencia similar al Consejo, pero la iniciativa partió de los mismos ministros. En una visita habían procedido a renovar los sambenitos en Priego y habían hallado “uno que decía Catalina Alonso, mujer de Juan Martín, curtidor vecino de Priego, reconciliada, y habiéndose visto su proceso, consta que no lo fue”<sup>20</sup>.

Los incumplimientos fueron habituales en los distintos tribunales, y de manera sucesiva se fueron repitiendo las órdenes, añadiendo en numerosas ocasiones aclaraciones sobre el modo de proceder. Por ejemplo, el 9 de mayo 1571 se advirtió que no se pusiese nada delante de los mantas, “aunque sea fiestas”. El 2 de septiembre 1584 se encontró una solución para los sambenitos de aquellos que no tenían parroquia conocida: “se pongan en San Pedro Mártir, o donde mejor les pareciere”. En 1573 se ordenó que los sambenitos que antes estaban puestos se volviesen a poner, aunque no se conservara el proceso. También se debían colgar los que tenían procesos, aunque no se hubieran puesto. Se permitía siempre que, ante la duda, los inquisidores de distrito no pusieran sambenito alguno y “si tuvieren algún fundamento para poner o dejar de poner los que estaban puestos de que hay procesos avisaran”<sup>21</sup>. Fue a partir de una carta acordada de 1592 cuando se obligó a los tribunales a enviar una relación de todos los sambenitos expuestos en las catedrales, iglesias o monasterios, especificando donde estaban colgados, “si es en el cuerpo, claustro o capilla, (...) y de la costumbre que ha habido, y si en algún tiempo se ha alterado”<sup>22</sup>.

Pese a las constantes y repetidas órdenes del Consejo de la Suprema, los inquisidores actuaban en su tribunal según las circunstancias que les rodeaban. Eran conocidos esos amplios márgenes de acción. También era habitual que los inquisidores delegaran en los comisarios o a familiares del Santo Oficio. Estos eran los que mejor conocían la proyección cotidiana de los sambenitos, y cómo sus usos podían condicionar la convivencia de los

<sup>19</sup> Cfr. PÉREZ DE COLOSÍA, M<sup>a</sup>. Isabel - GIL SANJUÁN Joaquín, “Málaga y la Inquisición (1550- 1600)”, *Jábega*, 38 (1982), p. 46.

<sup>20</sup> Cfr. GRACIA BOIX, Rafael, *Colección de documentos para la historia de la Inquisición de Córdoba*, Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1982, doc. XXIV.

<sup>21</sup> AHN, *Inquisición*, libro 1231, Gaspar Isidro de Arguello, *Instrucciones...*

<sup>22</sup> AHN, *Inquisición*, libro 497, 27 de mayo de 1592.

vecinos. En 1579, Alonso de Agreda, comisario inquisitorial en Huete (Cuenca), recibió una carta de los inquisidores en la que le pedían que enviase la relación de los sambenitos que había en esa ciudad, si estaban maltratados, para renovarlos. Lo tenía que hacer “con todo secreto y recato y que enviase las descendencias de los dichos sambenitos”. El problema fue que la lista de los descendientes se la había dado al doctor Medrano para que le ayudase, y éste “la andaba mostrando por toda la ciudad”. El delator, Cristóbal Fraile, le pidió al doctor que “no hiciese una cosa tan escandalosa porque tocaba a muchas personas honradas de esta ciudad”. Las consecuencias de hacer pública la relación de los sambenitos y sus descendientes terminó con “alteraciones y mohínas de muchas gentes”. Hubo otras testificaciones de lo descuidado que era el comisario con documentos de la Inquisición, los había prestado a enemigos de las personas nombradas, quienes había sacado copia para hacerles chantaje<sup>23</sup>.

Con las visitas de distrito se activaban tensiones cotidianas aletargadas, de las que el inquisidor podía ser el gran beneficiado en sus propósitos represores o como mediador social. Durante las visitas se construían comunidades de pecadores extrayendo de la vida cotidiana, actitudes y comportamientos irreverentes. Los inquisidores fueron agentes que activaban conflictos y que construían identidades. Tanto los delatores como los denunciados podían responder a convicciones religiosas, a retratos o a impulsos de emociones cotidianas, no bien gestionadas por una herencia inmaterial conflictiva.

Cuando al llegar a un lugar, los ministros del Santo Oficio procedían a renovar los sambenitos expuestos destapaban la memoria colectiva y las murmuraciones. La mañana del 14 de mayo de 1563, por indicación del inquisidor Ayora el cura de El Toboso (Toledo), Gonzalo Rodríguez de Alba, tomó declaración a Hernán Gómez, un clérigo de setenta años. Buscaban un testimonio que ayudase a conocer que había sucedido con un sambenito desaparecido. Gómez reconstruyó una conversación en la que había participado, diez años atrás, en la casa del boticario del pueblo con varias personas, entre ellas la mujer de un tal Francisco de Denia: “Y estando así hablando todos cuatro, vinieron a hablar de la madre del dicho Francisco de Denia y suegra de la dicha su mujer, como había sido condenada por el Santo Oficio de la Inquisición de Cuenca, porque se había quitado el sambenito que tenía y el dicho Santo Oficio le había echado [en falta]”. La respuesta de la mujer, según el testigo, fue que “si habían condenado a la dicha su suegra por

---

<sup>23</sup> ADC, *Inquisición*, libro 325, ff. 240v-241r.

el Santo Oficio, había sido con testigos falsos”. La conversación acabó con la mujer delatada por el cura Gómez; sin embargo, la afirmación no debió estar mal fundamentada porque un año después el inquisidor “mandó suspender este negocio y que no se proceda más en él”<sup>24</sup>.

Unos años más tarde, en la primavera de 1587, el inquisidor Jiménez Reinoso del tribunal de Cuenca visitó los pueblos de los arciprestazgos del Castillo de Garcimuñoz y de Alarcón. En la villa de Garcimuñoz repasaron las treinta y cinco mantetas y sólo hallaron una irregularidad: “al fin del dicho lienzo hay un espacio blanco embarnizado, sin letras ni figura”. El comisario, Pedro Melero, preguntó a las “personas antiguas y honradas de esta dicha villa” y consiguió una respuesta: “en el espacio del dicho lienzo blanco [había] un sambenito que decía Teresa Sánchez de Arboleda”. Rápidamente se supo que la condenada en 1491 fue la madre del Doctor de Arboleda, la abuela del canónigo Arboleda de Cuenca y la bisabuela de Alonso de Arboleda, regidor en ese momento de la villa. Además, el comisario pudo confirmar que “había venido una persona de Cuenca por mandado del Santo Oficio y había borrado el dicho sambenito”. Consultado, entre los papeles del secreto, el *Libro donde se asientan los sambenitos que se renuevan por el distrito de esta Inquisición y en esta ciudad de Cuenca* se halló una carta que aclaraba lo sucedido. En 1557 el arcipreste de la villa, Francisco de Arboleda, denunció que en el año anterior se habían puestos sambenitos en la iglesia y entre ellos el de Teresa Sánchez. Dos de sus argumentos demostraban que los inquisidores habían errado al colgar su sambenito: la sentencia había sido apelada por sus descendientes y “que no se sabía que se hubiese puesto el dicho sambenito en la iglesia catedral donde se ponían antiguamente”. Es decir, si se había recurrido, “el artículo de la infamia estaba suspenso”, luego el arcipreste y pariente pidió la retirada de la manteta hasta la resolución de la causa. Así, la Suprema ordenó quitar el sambenito el 16 de septiembre de 1557, mandato que ejecutó un mes después el nuncio del tribunal de Cuenca con unas indicaciones muy precisas sobre cómo hacerlo para no estropear el conjunto de la manta:

Y que lleve de esta ciudad el betún blanco que se da a los dichos sambenitos, y con él quite el dicho sambenito de la dicha Teresa Sánchez, por manera que no quede letra alguna ni memoria del dicho sambenito, sino que quede el dicho pedazo de lienzo blanco. Lo cual haga sin dar noticia ni alteración a persona alguna, y dióse esta orden por sus reverencias por estar el dicho sambenito en

---

<sup>24</sup> ADC, *Inquisición*, leg. 232 n° 293

un lienzo grande y haberse de quitar el dicho sambenito con tijera quedaba fealdad en el dicho lienzo y se habían de quitar otros <sup>25</sup>.

No todo había sido resultado de un error de los inquisidores en la visita de 1556 al mandar reponer el sambenito de Teresa Sánchez. En la carta se su descendiente y en la orden posterior del tribunal se ocultó que la apelación de la sentencia de esta judaizante, condenada a relajación después de muerta, había sido rechazada en 1512 y, nuevamente, en 1554<sup>26</sup>. Sin embargo, las presiones o el pago de cierta cantidad por sus descendientes consiguieron que la Suprema los habilitara, se anulara la sentencia y se retirara el sambenito. No fue necesario reponer la manteta tras la visita de 1587, los Arboleda hacía ya treinta años que habían repuesto su honra, aunque en la memoria de los viejos del lugar aún se recordase la infamia familiar.

Además de emplear betún blanco o recortar el lienzo con tijeras, hubo otro modo para conseguir que se borrara una manteta: dejar sin efecto la sentencia. Así sucedió en Lima con el sambenito de Pedro Núñez de Laba, que en 1738 había obtenido del Consejo de la Suprema la anulación de su condena. Pero tuvo que esperar a 1745 para que el secretario del tribunal limeño mandara, por fin, a un “pintor a la Santa Iglesia Catedral de esta ciudad, a quien hice poner una escalera, y que borrara el sambenito, y rótulo perteneciente a Pedro Núñez de Laba, natural de Trujillo en Indias, fijado en tabla entre los demás reconciliados por este Tribunal”<sup>27</sup>.

### 3. RENOVAR Y REPARAR

En las instrucciones de 1599 del Inquisidor General Niño de Guevara se volvió a reconocer que había sambenitos aún por poner y otros que no se habían puesto nunca, sobre todo en los tribunales de Granada, Sevilla, Córdoba, Cuenca y Llerena: “a lo que se juzga por particulares respetos y favores y a contemplación de personas, que si esto fuese serían merecedores los inquisidores de gran castigo”<sup>28</sup>. Además de esos acuerdos *sotto voce*, el origen de este incumplimiento era que las visitas se

<sup>25</sup> ADC, *Inquisición*, libro 328, ff. 20-23. Reproducido en JIMÉNEZ MONTESERÍN, *op. cit.*, pp. 334-338.

<sup>26</sup> El proceso de Teresa Sánchez, con multitud de notas y subrayados, en ADC, *Inquisición*, leg. 3 n° 62.

<sup>27</sup> Cfr. LEWIN, Boleslao, *La Inquisición en Hispanoamérica. Judíos, protestantes y patriotas*, Buenos Aires, Proyección, 1962, p. 329.

<sup>28</sup> AHN, *Inquisición*, libro 1231, f. 272.

espaciaban ya demasiado, de ahí que a comienzos del siglo XVII se sugiriese que si el inquisidor no iba al lugar que, al menos, pidiera al comisario que informase por qué no se habían puesto algunos sambenitos o por qué tardaban tanto en ponerlos. Fuera quien fuese, se quería evitar “muy grandes inconvenientes, tanto por el ejemplo general de la justicia como por la dificultad que después en adelante para ponerse hace el gran número de ellos, lo cual con el tiempo va creciendo”<sup>29</sup>.

En la visita de inspección que el inquisidor Martín de Celaya hizo al tribunal de Sevilla en 1643 se descubrió que no se habían renovado en todo el distrito 1.850 sambenitos. La razón dada fue muy sencilla: no había dinero<sup>30</sup>. Después de la inspección, la Suprema admitió que la renovación quedara en todos los tribunales a cargo de los comisarios, familiares o capellanes de la parroquia señalada para que decidieran, previa consulta al inquisidor correspondiente, qué hacer con las mantetas. El motivo para moverlas o retocarlas era siempre el mismo, como explicó a mediados del siglo XVII Rodrigo Sanz de Durango, cura de la villa de Ayllón (Segovia), al inquisidor Ayora del tribunal de Cuenca: “pasé los sambenitos de donde estaban a otra parte más decente y más claro para que se pudiesen leer y conocer, los cuales quedan en la dicha iglesia de San Miguel”<sup>31</sup>.

En otros casos dejar pasar el tiempo sin hacer nada fue la opción más económica. La situación llegó a tal extremo que, en una carta acordada de 27 de febrero de 1657, el Consejo de la Suprema reconocía que el incumplimiento era la práctica habitual. Ante tal descontrol dio un plazo de cuatro meses a todos los inquisidores para elaborar una memoria de todos los condenados y reconciliados en cada distrito, colocar las mantetas que faltaban y renovar las deterioradas<sup>32</sup>. En su respuesta el tribunal de Granada admitía que tenía que reponer 527 sambenitos en las iglesias de Santiago y El Salvador. No se podía distinguir nada, eran ilegibles a todos los efectos. El presupuesto que les hizo un pintor suponía que rotular cada

---

<sup>29</sup> AHN, *Inquisición*, libro 1254, f. 335 (25 de diciembre de 1607). Sobre las distintas razones que motivaron el espaciamento de las visitas durante el siglo XVII véase PRADO, Ángel de, “Los inquisidores del tribunal de Valladolid y el control de su jurisdicción: las visitas de distrito”, en PRADO, Ángel de (coord.), *Inquisición y sociedad*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1999, pp. 83-88.

<sup>30</sup> AHN, *Inquisición*, leg. 2070, exp. 4. Véase también GONZÁLEZ DE CALDAS, Victoria, *¿Judíos o cristianos? El Proceso de fe Sancta Inquisitio*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2000, p. 392.

<sup>31</sup> ADC, *Inquisición*, leg. 820 n° 7981.

<sup>32</sup> AHN, *Inquisición*, libro 498.

sambenito costaba tres reales y medio, a lo que había sumar el pago de quinientas varas de lienzo, el total subía a 3.431 reales. La propuesta granadina, aceptada por la Suprema, fue que se agrupasen los sambenitos de cuatro en cuatro en un único bastidor, hasta formar una gran manta<sup>33</sup>.

Hubo multitud de iniciativas tomadas *in situ* por iniciativa de los inquisidores u otros cargos relacionados con la institución eclesiástica donde se mostraban los lienzos. Los cambios en la exhibición y acumulación de sambenitos en la catedral de México ilustran muy bien cómo las decisiones de las autoridades eclesiásticas locales, en connivencia con las inquisitoriales del mismo lugar, determinaron o no la pervivencia de este símbolo de la infamia. Los primeros hábitos se colgaron durante los primeros años de la inquisición episcopal. Antes de 1554 ya se exhibían siete lienzos en las paredes de la antigua iglesia mayor (tres de relajados y cuatro de reconciliados). Ese año el arzobispo Alonso de Montúfar mandó quitar los tres de los relajados por razones poco claras. En 1574, a raíz del establecimiento del nuevo tribunal del Santo Oficio en Nueva España el inquisidor, Pedro Contreras, sospechó que la desaparición de los sambenitos en 1554 había sido a causa de la petición expresa de los familiares de dos de los ajusticiados.

A lo largo del siglo XVII fueron aumentado en número y descolgados y reparados en tres ocasiones (1605, 1625, 1661) “por la corrupción que ocasiona en los lienzos, telas, y pintura de ellos, el tequesquite o salitre de las paredes”. En 1667 se exhibían ya 401 sambenitos, repartidos en dos inmensas mantas que colgaban en el interior en la entrada de las dos puertas principales. A diferencia de lo que ocurría con los sambenitos en España, en México su número siguió creciendo durante el siglo XVIII y todavía en 1803 seguían expuestos, aunque en el crucero, según la lista elaborada por el padre José Pichardo. En resumen, según Rocío Silva, a lo largo de tres siglos y medio los sambenitos mexicanos se exhibieron en la catedral, al menos, de tres formas distintas: “La primera es de bastidores con los lienzos adheridos, la segunda con los sambenitos pintados sobre él, y la tercera de bastidores individuales”<sup>34</sup>.

---

<sup>33</sup> AHN, *Inquisición*, leg. 2988.

<sup>34</sup> SILVA HERRERA, Rocío, “La exposición pública de los sambenitos en la Ciudad de México de 1554 a 1667”, *Hispania Sacra*, 145 (2020), pp. 221-230. URL: <https://doi.org/10.3989/hs.2020.016>. Consultado el 30 de enero de 2024. Véase también GARCÍA-MOLINA, Antonio M., *Las hogueras de la Inquisición en México*, México, UNAM, 2016, pp. 172-175.

#### 4. TRASLADOS Y RETIRADAS

En pocas ocasiones se retiraba un sambenito por un error cometido por la Inquisición o por un cambio en la valoración jurídica del delito. Un caso llamativo ocurrió en México con el cacique de Texcoco, Carlos Chichimecatecutli, relajado por dogmatista en 1539. Cuando en 1574 quisieron volver a colgar los sambenitos que faltaban en la catedral, sólo se repusieron los de dos sevillanos condenados por judaizar en 1528: Hernando de Alonso y Gonzalo de Morales. El tercero en discordia no había desaparecido, lo había guardado el tesorero la catedral. Los inquisidores lo recogieron y, en consonancia con el rechazo que su sentencia generó en la Suprema, se ordenó destruirlo. Según las instrucciones emitidas para Nueva España, los indios estaban excluidos de la jurisdicción inquisitorial<sup>35</sup>.

No todas las restauraciones o cambios respondieron a imposiciones emitidas desde el Consejo de la Suprema. La retirada de sambenitos por petición familiar se produjo ya en las primeras décadas ominosas de la Inquisición moderna. En 1494, los Reyes Católicos decidieron -vía Inquisición- liberar de las inhabilitaciones a quien lo solicitase mediante el pago de un impuesto proporcional a la quinta parte de su fortuna. Estas dispensas no tuvieron como fin facilitar la integración religiosa de los judeoconversos. En todo caso, pusieron de manifiesta la capacidad de negociación de la monarquía y la Inquisición con la infamia y su memoria como moneda de cambio. La habilitación no fue una forma de catequesis<sup>36</sup>.

Las dispensas incluyeron necesariamente la retirada de sambenitos. En 1512, Fernando el Católico habilitó a los hijos y nietos de un mercader abulense, condenado por judaizante, “para oficios públicos, de honra y para todo lo demás (...) inhábiles por la condenación de la memoria y fama de Diego de Bernuy su padre”. La concesión regia no alcanzó al sambenito que colgaba en la Iglesia de Santo Tomás en Ávila. El nieto tuvo que hacer nuevas gestiones y consiguió que Carlos V ordenase a los inquisidores, el 15 de julio de 1518, que enviarán a un notario para que quitara “muy secretamente” el sambenito de Diego de Bernuy, y lo guardaran a buen

---

<sup>35</sup> GARCÍA-MOLINA, *op. cit.*, p. 224.

<sup>36</sup> PEREZ, Béatrice, *Inquisition, Pouvoir, Société. La province de Séville et ses judéoconvers sous les Rois Catholiques*, París, Honoré Champion, 2007, pp. 326-342.

recaudo “hasta tanto que el cardenal y los del Consejo les envíen a mandar lo que de él se ha de hacer”<sup>37</sup>.

No fue ese el último caso de descendientes ricos que, aprovechando las necesidades o urgencias económicas de la monarquía, intentaron que se retiraran las mantetas de sus antepasados judaizantes. En 1519, un grupo de financieros se organizaron y ofrecieron a Carlos V trescientos mil ducados para que se quitaran todos los sambenitos de las iglesias y de las personas que tenían que llevarlos puestos. Se envió a Lope de Hurtado de Mendoza a Roma para hacer esta consulta, entre otras “cosas tocantes al Santo Oficio”, y en la instrucción se reconocía que hasta ese momento el rey “no lo había querido hacer por el inconveniente que se seguiría de ello”<sup>38</sup>. Sin embargo, en 1520 se produjo un giro notable en la política moderada y erasmista de Carlos V defraudando las esperanzas de los cristianos nuevos. En su ausencia, el rey había nombrado regente al cardenal Adriano y la tendencia cambió<sup>39</sup>.

En ciertos casos se pedía la retirada, pero sin ocultar la infamia, aunque sí se cuestionaba que ésta perviviera más allá del condenado. Hubo individuos que medraron socialmente y, desde su nueva posición de privilegio, no tuvieron inconveniente en exponer sin vergüenza su memoria familiar con el fin de romper con ella. En 1585 Antonio San Román de Fuentes, clérigo palentino, solicitó que se descolgase el sambenito de un bisabuelo suyo en la Iglesia de San Antolín en la misma ciudad. San Román reconocía ser “rebisnieto del traperero”, pero ahora él era “hombre notorio, hidalgo rico y principal”. Consiguió que el Santo Oficio retirase el hábito y lo justificase como un error. En 1494 Diego de Fuentes había sido reconciliado con cautela, sin confiscación de bienes ni inhabilitación, por supersticioso, “y el dicho sambenito fue puesto por yerro [...] no se le debió mandar poner por la dicha sentencia el dicho sambenito ni el dicho título que en él está puesto, porque siendo muerto

---

<sup>37</sup> AHN, *Inquisición*, libro 1254, ff. 91 r y 99v. Sobre la extraordinaria fortuna del mercader burgalés, descendiente del condenado y peticionario de su habilitación, véase SUÁREZ, Jesús, “Diego Bernuy: un hombre de negocios en la España de Carlos V”, en TORO, F. (ed.), *Carolvs: primeros pasos hacia la globalización. Homenaje a José María Ruiz Povedano*, Alcalá la Real, Ayuntamiento, 2019, pp. 457-480.

<sup>38</sup> AHN, *Inquisición*, libro 1254, f. 99r.

<sup>39</sup> Hubo otro memorial de 1520 -si no es el mismo- en el que se ofreció una gran cantidad de dinero para que la Inquisición rebajara la intensidad de sus procedimientos. La petición fue rechazada. DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio, *Los Judeoconversos en España y América*, Madrid, Istmo, 1978, p. 54.

como lo era cuando se le dio la dicha sentencia no se pudo poner en el dicho sambenito, ni decir en él que fue reconciliado por ser ya muerto”<sup>40</sup>. El poder de los solicitantes debió facilitar, en algunos casos, la negociación y una resolución favorable. En enero de 1628, el jurado granadino Pedro Montero de Espinosa consiguió retirar el sambenito de su mujer, procesada por judaizante en los años noventa del siglo XVI. Sus tres hijos (escribano público, sacerdote y corregidor en Indias) y sus descendientes (caballeros veinticuatro a fines del XVII) fueron los grandes beneficiados<sup>41</sup>.

Los conflictos entre la Inquisición y los descendientes de los sambenitados superaban, en ocasiones, el ámbito familiar y podía poner en jaque la convivencia en un pueblo. Cuando esas tensiones se producían en el mismo espacio donde residía un tribunal de distrito, la credibilidad del Santo Oficio podía quedar cuestionada. A partir de un único gesto, como era reponer un sambenito premeditadamente olvidado, la vida cotidiana transitaba de la aceptación de la institución inquisitorial al rechazo, sobre todo si era la honra de las elites del lugar la señalada. Este fue el caso que ocurrió en Llerena en 1555, donde un grupo de vecinos -con Alonso de León al frente- se dirigió a la Suprema para hacerle saber que el inquisidor de esa sede, Diego Ramírez, había renovado y repuesto la manta que colgaba en la iglesia mayor:

una tabla colgada y fijada vara y media encima del suelo sobre la puerta de la dicha iglesia donde grandes y pequeños todos puedan leer y de letra trenzada, en la cual están puestos los nombres de todos los vecinos condenados y relajados y reconciliados con hábitos por el Santo Oficio, en la cual también pusieron los nombres de los abuelos y padres de los dichos mis partes que en tiempo de gracia fueron reconciliados y penitenciados como dicho es: sin hábitos y sin confiscación de bienes.

El inquisidor había consultado la documentación del tribunal y había repuesto todos los relajados y reconciliados hasta 1520, incumpliendo la norma que eximía de dicha infamia a los que se habían presentado de inmediato tras el edicto de gracia. Los denunciantes aportaban otros dos argumentos de peso que justificaban la inmediata retirada de los sambenitos. El primero era que los descendientes de aquellos condenados estaban casados con “cristianas y cristianos viejos e hijodalgo y ahora son de los principales

<sup>40</sup> AHN, *Inquisición*, leg. 2122, exp. 10.

<sup>41</sup> Ésta y otras peticiones similares en LERA, Rafael, *El tribunal de la Inquisición de Granada: un poder económico y social (1570-1700)* (Tesis Doctoral), UAM, 1994, pp. 283 y ss.

de la dicha villa”. El segundo argumento era el más poderoso: “y por razón de ello en la dicha villa hay escándalos y se esperan grandes enojos, diferencias y ruidos porque los muchachos lo andan diciendo, publicando y cantando por las calles”. Si el Santo Oficio quería “la pacificación de los vecinos”, y “que todos vivan en paz, y no se les haga esta injuria e infamia a los vivos por haber sido sus padres y abuelos buenos cristianos”, debía descolgar los sambenitos<sup>42</sup>.

La primera orden de la Suprema fue que se buscaran los procesos y se comprobaran dichas aseveraciones. La última decisión no la conocemos. Sin embargo, testimonios posteriores de inquisidores indican que habían desaparecido muchos expedientes de los primeros años del tribunal. Así lo hicieron saber en 1573 los inquisidores Muñoz y Páramo:

Al tiempo que se quitaron los sambenitos en esta villa de Llerena para renovarlos, que fue el año de sesenta y siete, se entiende que quedaron muchos por poner por no haberse podido, por estar muy viejos y rotos y por los procesos no consta de más de los que se pusieron, porque faltan muchos procesos de los antiguos en el secreto de esta inquisición<sup>43</sup>.

Era bastante habitual que las peticiones de traslados y retiradas de sambenitos también las realizaran las autoridades municipales. En 1570 la ciudad de Logroño solicitó a la Suprema la retirada de casi cuatrocientas mantetas expuestas en Iglesia de Santa María la Redonda, porque decían que deshonoraba a la ciudad. Pidieron que las mandaran a los lugares de origen de los condenados o que las separaran de los naturales de la ciudad y les pusiesen un rótulo como “extranjeros”. El 15 de marzo de 1574 el Consejo pidió a los inquisidores una memoria de todos esos sambenitos de personas no naturales ni vecinas de Logroño. En 1583 se repitió la consulta sobre si los sambenitos se debían colgar en los lugares de origen de los condenados o en la sede del tribunal, o en los dos lugares. La respuesta fue que se elaborase una información detallada de cada uno. La lista que se mandó, por fin, el 18 de

---

<sup>42</sup> AHN, *Inquisición*, leg. 4567, exp. 9. Véase también CASO, Rafael, “La actuación inicial de la Inquisición en el suroeste de Extremadura: Fregenal de la Sierra, 1491-1511. Estudio preliminar”, en *XV Jornadas de Historia en Llerena*, Llerena, Sociedad Extremeña de Historia, 2014, pp. 239-259.

<sup>43</sup> AHN, *Inquisición*, leg. 2.703, exp. 50. Cfr. GARRAIN VILLA, Luis-José, “El Tribunal del Santo Oficio de Llerena. Nuevas aportaciones”, en *XV Jornadas de Historia en Llerena*, Llerena, Sociedad Extremeña de Historia, 2014, pp. 311-329.

febrero de 1586 incluía las parroquias a donde se habían llevado numerosos sambenitos<sup>44</sup>.

## CONCLUSIONES

La exposición pública del sambenito fue una de las principales manifestaciones de la violencia simbólica del Santo Oficio que impactó en la vida cotidiana del mundo hispánico. Los sambenitos expuestos en las iglesias formaban parte de una memoria colectiva configurada desde su presente, fueron las necesidades de ese presente las que la orientaron en una u otra dirección, según el consenso conjunto de la Inquisición y la comunidad cristiana vieja. Su exhibición se asociaba a una variedad de prácticas estigmatizantes de gestos, burlas e insultos que culminaron en una particular interiorización de esta marca infamante.

Sin embargo, el deterioro por el paso del tiempo, los secuestros, robos y demás componendas, unido a la decadencia de las visitas desde el siglo XVII supuso una reducción de la visibilidad de estos símbolos infamantes, aunque no su desaparición. Poco a poco las mantetas se fueron convirtiendo en muchas parroquias en jirones que no se podían ni leer, incluso al reformarse o levantarse nuevas iglesias se dejaban sin colocar. Durante el siglo XVIII, el deterioro de la imagen y del poder del Santo Oficio fue en aumento. Año tras año, los mantas se iban descolgando y sólo si lo hacían de manera pública y notoria se exigía la renovación. Continuaron las mismas acciones para hacerlos desaparecer. Las opiniones no coincidían entre los ministros de los distintos tribunales. Los fiscales más rigoristas abrían expedientes para la renovación y los inquisidores más liberales se oponían. Y si las tensiones subían de tono, el Consejo intervenía para dejar que el tiempo o el olvido consumiese los restos de las mantetas. Todo dependía de la convicción o resistencia del cabildo o de los párrocos implicados.

En la década de los setenta de esa última centuria, los inquisidores realizaron pesquisas para aclarar la desaparición de sambenitos en sus distritos y, en la mayoría de los casos, constataron que habían sido los párrocos los responsables de tal desacato. El final de la prenda infamante se proclamó con el decreto de abolición de la Inquisición en las Cortes de Cádiz en 1813, pero su recuerdo perduró. La memoria colectiva quedó marcada por la lógica

---

<sup>44</sup> CANTERA MONTENEGRO, Enrique, “Inquisición de Logroño: sambenitos del siglo XVI”, en *Berceo*, 103 (1982), pp. 51-68.

inquisitorial de la *damnatio memoriae* y colgar un sambenito pasó a ser un sinónimo coloquial y cotidiano del descrédito y la difamación.

### BIBLIOGRAFÍA

- BETHENCOURT, Francisco, *La Inquisición en la época moderna. España, Portugal, Italia, siglos XV-XIX*, Madrid, Akal, 1997
- BLÁZQUEZ MIGUEL, Juan, *El tribunal de la Inquisición en Murcia*, Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 1986.
- BUENO VALDIVIA, María del Rosario, *María de la Cruz O.C.D. (1563-1638). Mujer, escritora y mística* (Tesis Doctoral inédita), Universidad de Sevilla, 2015.
- CANTERA MONTENEGRO, Enrique, “Inquisición de Logroño: sambenitos del siglo XVI”, en *Berceo*, 103 (1982), pp. 51-68.
- CASO, Rafael, “La actuación inicial de la Inquisición en el suroeste de Extremadura: Fregenal de la Sierra, 1491-1511. Estudio preliminar”, en *XV Jornadas de Historia en Llerena*, Llerena, Sociedad Extremeña de Historia, 2014, pp. 239-259.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio, *Los Judeoconversos en España y América*, Madrid, Istmo, 1978.  
- “Los sambenitos de la Catedral de Granada”, en *Estudios de Historia económica y social de España*, Granada, Universidad de Granada, 1987, pp. 25-26.
- GARCÍA FUENTES, José M<sup>a</sup>., *Visitas de la Inquisición al Reino de Granada*, Granada, Universidad de Granada, 2006.
- GARCÍA-MOLINA, Antonio M., *Las hogueras de la Inquisición en México*, México, UNAM, 2016.
- GARRAIN VILLA, Luis-José, “El Tribunal del Santo Oficio de Llerena. Nuevas aportaciones”, en *XV Jornadas de Historia en Llerena*, Llerena, Sociedad Extremeña de Historia, 2014, pp. 311-329.

- GONZÁLEZ DE CALDAS, Victoria, *¿Judíos o cristianos? El Proceso de fe Sancta Inquisitio*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2000.
- GRACIA BOIX, Rafael, *Colección de documentos para la historia de la Inquisición de Córdoba*, Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1982.
- HERPOEL, Sonja, *A la zaga de Santa Teresa: Autobiografía por mandato*, Ámsterdam-Atlanta, Rodopi, 1999.
- JIMÉNEZ MONTESERÍN, Miguel, *Introducción a la Inquisición española*, Madrid, Editora Nacional, 1980.
- LERA, Rafael, *El tribunal de la Inquisición de Granada: un poder económico y social (1570-1700)* (Tesis Doctoral), UAM, 1994.
- LEWIN, Boleslao, *La Inquisición en Hispanoamérica. Judíos, protestantes y patriotas*, Buenos Aires, Proyección, 1962.
- LLORENTE, Juan Antonio, *Historia crítica de la Inquisición en España (1817)*, Madrid, 1980.
- MORALES BORRERO, Manuel (ed.), *El convento de Carmelitas Descalzas de Úbeda y el Carmelo femenino en Jaén. María de la Cruz, O.C.D. Su vida y su obra*, Jaén, Diputación Provincial, 1995.
- PÉREZ, Béatrice, *Inquisition, Pouvoir, Société. La province de Séville et ses judéoconvers sous les Rois Catholiques*, París, Honoré Champion, 2007.
- PÉREZ DE COLOSÍA, M<sup>a</sup>. Isabel - GIL SANJUÁN Joaquín, “Málaga y la Inquisición (1550- 1600)”, *Jábega*, 38 (1982), pp. 1-100.
- PÉREZ OCHOA, Íñigo, “La Inquisición en Tudela durante los siglos XVI y XVII: presencia e incidencia social”, en *Príncipe de Viana*, 279 (2021), pp. 165-192. URL: <https://doi.org/10.35462/pv.279.7>. Consultado el 17 de enero de 2024.

- PÉREZ OCHOA, Íñigo, “El «Padrón» y la «Manta» de Tudela. Documentos acerca de los judeoconversos y la Inquisición en Navarra”, *Sefarad*, 74-2 (2014), pp. 389-426. URL: <https://doi.org/10.3989/sefarad.014.011>. Consultado el 18 de enero de 2024.
- PRADO, Ángel de, “Los inquisidores del tribunal de Valladolid y el control de su jurisdicción: las visitas de distrito”, en PRADO, Ángel de (coord.), *Inquisición y sociedad*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1999, pp. 65-106.
- SILVA HERRERA, Rocío, “La exposición pública de los sambenitos en la Ciudad de México de 1554 a 1667”, *Hispania Sacra*, 145 (2020), pp. 221-230. URL: <https://doi.org/10.3989/hs.2020.016>. Consultado el 30 de enero de 2024.
- SUÁREZ, Jesús, “Diego Bernuy: un hombre de negocios en la España de Carlos V”, en TORO, F. (ed.), *Carolvs: primeros pasos hacia la globalización. Homenaje a José María Ruiz Povedano*, Alcalá la Real, Ayuntamiento, 2019.
- VRANICH, Stanko B., “Carta de un ciudadano de Sevilla. La guerra mariana en el siglo XVII”, *Archivo Hispalense*, 137 (1966), pp. 241-274.